

Viernes 21 de Abril de 1911.

**TALLERES:** Paco Seco de Lucena, H

de la Diputación en el mes de  
es como sigue:  
page inmediato.—Conservación y  
ción de edificios provinciales, 208  
s 33 céntimos; franqueo de la co-





CAFES PUERTO-RICO: CANTA PRECINTADA DE 100 GRAMOS A PESETAS 0'60 LA CAJITA

**La mejor agua de mesa conocida**  
**Gran establecimiento en Asturias**  
cerca de Covadonga y de los Pirineos  
**Temporada de 15 de Junio a fin de Septiembre**

**MATRIMONIOS**  
Srta. con 50.000 duros de capi-  
tra con 40.000, huérfana, y dos.  
con 10.000 y dos casaca cada una  
estant 15 pesetas Gilarias, y  
arias, desean legalmente casa-  
mo. Dios manda.  
La que no se casa es porque  
tiere.  
Seriedad y reserva.  
Dirigirse, con sello para la co-  
mación, Sr. Durán, Estación, nú-  
Bilbao.

**Del mismo Autor : ERGOTINA**

**VENDIDOS POR LOS FRANCISCO**

DE LA

**SOCIETE GENERALE DE TRANSPORTS MARITIMES A VAP**

Servicio fijo, rápido y directo. EL 12 DE CA  
MES por el puerto de A. MERIA para el trans  
porte de Pasajeros con destino

**AL BRASIL Y BUENOS AIRES**  
(América del Sur)

Con los magníficos y modernos transatlánticos, de gran tonelaje, dos  
teles y telegrafía sin hilos. **FORMOSA** y **FAETA**

**Salida de Almería el 12 de Mayo de 1911, y salida para el**  
**para de 1.ª, 2.ª y 3.ª economías y en 3.ª clase, haciendo breve escala**  
**DEAR (Costa de África) para Antecastro, San Sebastián y Agua, siendo**  
**intención probable del viaje de 15 días.**  
 Las cámaras de 1.ª y 2.ª de estos buques están montadas con todo el  
 y las comodidades que requieren los pasajeros modernos, tienen aparatos  
 estones, alambreado eléctrico y el trato es imcomparable. Para los de  
 clase, comida a la española.

**AVISO IMPORTANTE.**—Para obtener plazas en estos Vapores Com  
 tray que soliciten con tiempo.—Los pasajeros de 3.ª clase, mandada  
 a las 10 de la mañana, para los buques que ordena la vigente Ley de Bu  
 nación. Los manifestos de Pasaje se cierran el 10 de antes si están autor  
 las plazas asignadas a este grupo.

Para más informes, sus Consignatarios: **HIJO DE RICARDO GIMENEZ**  
 S. S. C.—Bulvar del Principio, 72 y 74.—ALGERIA.

Enviase 100 diferentes industrias facilisimas, a escoger. Comercio comprobable, recienates y admirables novedades. En las 100, diversas industrias prometidas se halla tambien la reciente invencion llegada

SIN PAGO Enviar pedidos.  
Socios: Sociedad Franco-Ita-  
liana, APORT6, (Portugal).

Barbería Moderna  
ON  
**LUIS ALARCON**  
Premiado con medalla de plata en Barcelona  
Reyes Catolicos, 87.

Establecimiento de comestibles y cacerinas  
Diego Alvarez Gutiérrez  
Especialidad en jamones onces y embutidos  
San Juan de Dios y Fuente Nueva



EMILIO RICHEBOURG

# LA FAMILIA LIONNET

*La nieta*

103

— Señora Darasse — respondió gravemente — vengo á preveniros que dentro de poco tiempo os necesitaré.

— ¿Que me necesitaréis!

— Sí.

— ¿Para qué?

— Señora Darasse, cuando haya llegado el momento, es diré lo que tendré que hacer.

Ni sabla con tal acento de autoridad, que la vida no se atrevió á replicar.

Esta mañana — continuó — fui á la ciudadela de las Cabanas, pensando: La pobre señora Darasse estará acaso en la miseria; entonces, según mis medios, haré algo por ella; es preciso ayudarnos unos á otros en lo posible.

Primariamente me desilusioné al encontrar vuestra casita ocupada por otras personas; pero una anciana, á quien interrogué, me respondió que ya no vivís en la ciudadela, y tuvo á bien encaminarme aquí; también me dijo que ya no estábais en la miseria, que una señora rica se había interesado por vos y os pasaba una renta. No tengo necesidad de deciros que me alegré al saber vuestro cambio de posición. No me han dicho tampoco que

la persona que os protege; pero he adivinado en seguida que la noble marquesa de Sanlieu, que reparte sus beneficios por todas partes, había extendido hacia vos su mano misericordiosa. ¿Verdad que no me equivocó?

— No tengo por qué ocultároslo, caballero; sí, mi protectora es la marquesa de Sanlieu.

— ¿Vais alguna vez á casa de la señora marquesa?

— De vez en cuando, caballero; pudiera ir con frecuencia, puesto que siempre soy bien recibida; pero ya comprenderéis que no me atrevo.

— ¿Cuándo habéis hecho la última visita?

— Hace quince días.

— Pues bien; desde mañana, si queréis, podréis volver á la calle de Varennes y desir lo siguiente á vuestra bienhechora: “Señora marquesa, un hombre, un pobre mozo de cordel, ha ido á verme y me ha encargado deciros que bien pronto cesarán de correr vuestras lágrimas y os consolaréis.”

— ¡Dios mío! ¿Pero qué sabéis?

— No me interrogéis, señora Darasse; nada más puedo deciros respecto á este asunto.

— Pero si repito á la señora marquesa lo que acabáis de decirme, me interrogará...

— Le responderéis lo que acabo de responderos á mí vez; que no podéis decirle más que esto. Ahora, á otra cosa; no he venido á veros para hablaros de la señora de Sanlieu y de

nociérais á esa dama; tra bienhechora: así mentalmente me he hablado, pues, del síta.

— Me habéis dicho poco tiempo me necesito comprendo...

— Desde fines del bre, vuestro marido desaparecido, y hasta te ignoráis todavía lo él; no sabéis si está vivo...

— ¡Oh, sí, caballero ha muerto.

— Dispensadme; si razón, que haya muerte segura, puesto que no...

— La prueba de que me he abandonó y que me habia prometido que volver á verla hecho.

— Mucho habéis que marido, señora Darasse os convencisteis Horasteis, viéndolo que todavía lleváis.

— Y que llevará si...

— Hasta cierto punto pena de una mujer que súbitamente separada de su vida; pero Pedro no merezca le floren...

— Caballero...

— No siempre fué pues os dió toda clase...

— ¡Basta, caballero...

fue fuera vues-  
tro sólo inci-  
pado de ello.  
vivo de mi vi-

me dentro de  
urias; pero ne

de Septiem-  
ro Darasse ha  
hora presen-  
ha sido de  
ó muerto.

Sé que Pedro

més, no sin  
pero no estáis  
éis pruebas.  
na muerto es  
a vuelto, aun-  
señora mar-  
ampoco lo ha

yo á vuestro  
lo sé; enan-  
en muerte le  
traje de luto

ra, caballero.  
comprendo la  
se encuentra  
el compañero  
Darasse acaso  
no.

oro para vos,  
disgustos.  
bastal Pedro  
le ha marido

mucho, y, si he tenido que sufrir por  
su culpa, le he perdonado; ha muerto  
y nada hay que decir de él.

—Es verdad, señora Darasse, com-  
prendo los sentimientos que acabáis  
de demostrar y los respeto.

—Pero dignaos, caballero, decirme  
lo que os trae á esta casa.

—Hasta hoy no habéis podido más  
que suponer que vuestro marido ha  
muerto. Pues bien, vengo á daros la  
seguridad de ello; si Pedro Darasse  
ha muerto.

La vinda lanzó un profundo sus-  
piro.

—¿Sabéis acaso cómo ha muerto?  
—le preguntó.

—Sí, lo sé.

—¿Y bien? —interrogó con avidia.

—Pedro Darasse ha sido asesi-  
nado;

—¡Ah! ¿Lo había adivinado! —ex-  
clamó la vinda.— ¿Pere cómo sabéis?...  
—He visto el cadáver de vuestro  
marido.

—¿Pero dónde?... ¡Dios mío!... ¿Dón-  
de?...

—Al borde de una ribera, en la cual  
fué arrojado por un asesino.

—¿Dios del cielo!

—Cuando llegue el momento os in-  
dicaré el sitio del río en donde está el  
cadáver de vuestro marido; espero que  
le encontrarán y entonces podéis dar-  
le cristiana sepultura.

—Habéis visto el cadáver de mi  
marido asesinado! ¿Sabéis dónde está  
y únicamente hoy, al cabo de seis me-  
ses, venís á decirme!o!

—Si  
Darasse,  
derosos  
—Es  
prendo-  
Despa-  
zo de co-  
y despi-  
ojos:  
—Fue  
de' erim-  
ó á los  
—El  
—¿Y  
—Aut-  
pregunta-  
—Os  
—Q  
tido? —  
—[Di-  
ro venga  
del crimi-  
la guillot-  
—Est-  
muerte e-  
gada.  
—[A-  
claman-  
—Señ-  
repuño e-  
to á ase-  
cuando -  
—No.  
otra vez  
so llama-  
necia el  
quo deta-  
importa

hablado antes, señora, si creer que tendría poder para guardar silencio. ¿O que así sea; lo cometa la vida.

—¿Entiendo el brazo del mo-  
reapso con voz ahogada  
pálidos fulgores sus  
que habéis sido testigo  
habéis visto también al que  
matado a mi marido,  
lo cometió uno solo.  
¿Es al criminal?  
contestaros a vuestra  
que dirigidos otra  
no.  
vengar a vuestro ma-  
estefial. ¡Que si quie-  
quisiera ver la cabeza  
bajo la cachilla de  
mi, señora Darasse: la  
desfiro esposo, será ven-  
gacéis al asesino?— ex-  
da.

—Darasse, escuchadme—  
do de cordel.—No he vi-  
cometer el crimen, sino  
su víctima al río.  
¿No?  
Marre. Ya había visto  
el hombre y sabía que  
teban Eris, y hasta co-  
en que podía haberle he-  
bera razones de la mayor  
me impidieron entonces

denunciar el crimen. Algún tiempo  
después volví a ver el asesino; juzgad  
de mi sorpresa y estupefacción, se-  
ñora Darasse, al saber que llevaba nom-  
bre distinto!

—¿Qué nombre, caballero?

—Por ahora, creo deber ocultáros-  
lo; basteos saber por hoy que ese nom-  
bre es muy conocido, que es el de una  
antigua y noble familia de Francia, y  
que el que lo lleva ocupa en el mundo  
una posición brillante.

—¡Ah!—exclamó la vida, comple-  
tamente desorientada.

—Un criminal de esta importancia  
—continuó el mozo de cordel—no es  
asesino vulgar como un reclamado por  
la justicia. Ya comprendéis cuán de-  
licado y difícil es denunciarse y acen-  
sarle del crimen de asesinato, hay que  
obrar con prudencia y circunspección.  
Ese hombre, señora Darasse, debía  
conocer a vuestro marido desde largo  
tiempo.

—¿Lo creéis así?

—Le creo; estoy convencido, y qui-  
zá lo conoceréis también.

—La vida movió la cabeza.

—No conozco a ningún hombre que  
tenga renombre, ni ocupe en el mun-  
do elevada situación, que haya tenido  
relaciones con mi marido.

—Señora Darasse, puesto que es  
preciso decirlo todo, sospecho que  
el asesino se ha apropiado un nombre  
que no le pertenece.

—¿Qué desía?—exclamó la vida.

—Lo que es habitual.

La señora Darasse no pudo más  
de estremecerse.

—Pero entonces—pensó—no  
habré equivocado! ¡Será Pablo!

—A pesar de todas mis pesqui-  
—prosiguió el mozo de cordel—en-  
sido imposible descubrir quien ha  
y lo que realmente es ese miserable  
me he preguntado si vos, señora  
rasse, le conoceréis puesta en su  
sencia.

—¡Ponedme ante él!

—Ya veremos

—¿Cuándo, caballero? Decidme  
cuándo.

—Tan pronto como pueda ir a  
para detenerle, el testimonio de  
persona que ha visto cometer el  
crimen. Esperad quince días más, se-  
ñora Darasse, y os enseñaré al asesino  
vuestro marido; entonces os ayu-  
daré a vengar su muerte.

—Pero sin esperar, ¡su cadáver!

—El mismo día se acordó del  
es preciso que le vean, puesto que  
el cuerpo del delito.

La vida quedó un instante si-  
ciosa. Después se iluminaron sus  
punte sus ojos y dijo:

—¡Pedro, Pedro; tu mujer te  
gará!

Como nada más tenía que decir  
la vida, el mozo de cordel se re-  
prometiéndole de nuevo que le  
santaría al asesino de su marido.

Cual de costumbre, Enrique Men-  
se había levantado muy temprano.